

NARRATIVA

Nace el 'thriller' diplomático

Gutiérrez y el Imperio del Mal, de Andrés Gastey, basa su trama en sucesos criminales ocurridos en una embajada española, como Casajuna en *Kuala Lumpur*.

GUTIÉRREZ Y EL IMPERIO DEL MAL

Andrés Gastey
La Discreta. Madrid, 2006
216 páginas, 12 euros

JAVIER VALENZUELA

El KGB se ha hecho con las claves de la cifra de la Embajada española en Moscú, el sistema que permite codificar y descodificar los telegramas que se envían o reciben de Madrid. No es que los telegramas contengan información secreta —son apenas traducciones de la prensa, chismorreos y análisis fáciles—, pero España acaba de entrar en la OTAN y si el asunto sale a la luz el país quedará lógicamente desprestigiado. El embajador De la Cruz está, pues, muy nervioso.

Sobre este hecho de ficción, Andrés Gastey construye en *Gutiérrez y el Imperio del Mal* una trama voluntariamente sencilla de traición y espionaje que le permite abordar su principal objetivo: ofrecernos un reportaje retrospectivo del Moscú de los años ochenta, el de Gorbachov y la *perestroika*. Gastey, un seudónimo que oculta a un diplomático español destinado en Moscú en aquel periodo, revela en esta novela entretenida y sin pretensiones sus dotes para el buen periodismo, el que, más allá de los sobresaltos de la actualidad, va al fondo de las cosas. Y así en *Gutiérrez y el Imperio del Mal* el lector pasa mucho frío, se emborracha con vodka, elucubra sobre los misterios del alma rusa y vive el tremendo fracaso del sistema soviético.

Lo cual tiene ciertas relaciones con *Kuala Lumpur* (Seix Barral), una novela del diplomático Carles Casajuna. *Kuala Lumpur* tiene un argumento policial en el que también se ve implicada una embajada española y es asimismo un estupendo reportaje sobre la Malasia en efervescencia económica de nuestro tiempo. Pero el parentesco no termina ahí. En



Un hombre frente al edificio del antiguo KGB. AP

ambos casos los autores —que no son una sola y misma persona, que conste— consiguen una amenidad teñida de humor que le debe mucho a *Nuestro hombre en La Habana*, el inmenso clásico de Graham Greene; y en ambos casos demuestran una saludable espíritu autocrítico respecto a la diplomacia española. Por ejemplo, en la obra de Casajuna puede leerse: “Lo más urgente era esperar; la vieja frase, el remedio universal de la diplomacia española”. Y esto es de *Gutiérrez y el Imperio del Mal*: “Despachado el trámite matutino de hojear la traducción del órgano de prensa del Comité Central, los altos funcionarios de la embajada dedicaban el resto de su jornada a volcarse en agudas conversaciones sobre cuatro temas: destinos anteriores, incidencias en el escalafón, cotización de divisas y dificultades de suministro”.

¿Está naciendo un thriller diplomático español? Dos novelas no constituyen un fenómeno, pero sí ofrecen una pista. Y aunque como se certifica en las obras de Gastey y Casajuna nuestro servicio exterior deja mucho que desear en cuanto a diligencia y eficacia, en el mundo diplomático hay no poca gente leída y culta, un terreno fértil para que de él surjan aceptables escritores.



Julián Rodríguez es autor de la novela 'Lo improbable' (Debate).

P. FLORES

La vida del muerto

La última semana de un enfermo terminal sirve como marco a los recuerdos de un hombre que narra su relación con una chica de familia adinerada. En *Ninguna necesidad*, su nueva novela, Julián Rodríguez sigue fiel a su universo de sobriedad estilística e indagación moral.

NINGUNA NECESIDAD

Julián Rodríguez
Mondadori. Barcelona, 2006
116 páginas. 12,50 euros

J. ERNESTO AYALA-DIP

El principio de economía estilística preside la obra de Julián Rodríguez (Ceclavín, Cáceres, 1968). Lo vimos en su primera novela, *Lo improbable*, y lo confirmó en su segundo libro, *La sombra y la penumbra* (ambas en Debate), reunión de tres novelas cortas que disimulaban una sola narración por su tono y su peso emocional. Ahora tenemos su nueva novela, *Ninguna necesidad*. Un texto de ficción que maneja el escritor extremeño como manejó los anteriores, incluido el autobiográfico *Unas vacaciones baratas en la miseria de los demás* (Caballo de Troya). Mayor despojamiento y casi nula distancia estilística entre el paisaje narrado y la omnisciencia resignada del narrador. El territorio físico y humano en donde se desenvuelven sus historias, son el campo y ese vicio absurdo (como diría Pavese, por citar a un autor que interesa a Rodríguez) llamado ciudad. Antes de entrar en el comentario de esta novela, me gustaría situar a Julián Rodríguez en el

contexto de la literatura española que se hace últimamente. No se trata de identificarlo con un autor o una escuela determinada (aunque a nadie se le escapará sus que-rencias por Beckett, Pavese o neorealistas como Vasco Pratolini). Refiriéndose a los pintores de su tiempo, Baudelaire escribió que cada vez lo hacían mejor, pero que desgraciadamente no aportaban ninguna idea. Con la narrativa española uno tiene una parecida sensación. Que cada vez lo hacen mejor, pero ideas, lo que se dice ideas, inventiva formal o compositiva, imaginación estilística, muy pocas. Precisamente Pavese, en un epistolario (el mismo del que Julián Rodríguez extrajo un fragmento de carta para incluirlo en *Ninguna necesidad*) dice que mientras los escritores norteamericanos aportaban con sus novelas nuevas ideas, los europeos apenas lograban ser originales. Yo tengo la impresión de que novelas como *Ninguna necesidad* colaboran a aclarar las ideas sobre cómo puede sobrevivir la novela en nuestro tiempo. Probablemente mucho más interesante que preguntarnos cómo podrán sobrevivir los novelistas.

De alguna manera, Julián Rodríguez retoma la dicotomía ya transitada en *La sombra y la pe-*

numbra. Sólo que ahora, a la ecuación campo-ciudad se la precisa con el recuerdo de un pueblo del interior de España y el presente (y el futuro irremediamente ya escrito) de un litoral veraniego, turístico. El tiempo de la narración abarca una semana (cada capítulo es un día), que a su vez son los días que le queda de vida a uno de los personajes de la novela, el Muerto. La narración nos relata la relación más bien fugaz entre un muchacho de origen rural y una chica de familia adinerada. Y en el medio de este dibujo socialmente imposible, está la figura del Muerto, desdichada metáfora de la vida real, ineludible. En la contraportada del libro se hace referencia a Rohmer, fundamentalmente por lo del verano de la novela. Pero Rohmer, en su desnudez formal, en su casi precariedad escenográfica, no deja nunca de ser voluptuoso, incluso en su más radical tristeza. En *Ninguna necesidad* no hay casi margen para ningún goce. Sólo hay una apelación casi entrañable en la novela, en medio de tanta extrañeza, provisionalidad, cuando el muchacho ruega: “Fantasma de Bruce Lee, si puedes, devuélveme a como era antes”. Bueno, esto creo que sí es una idea muy interesante, escribir una elegía sin resultar necesariamente elegiaco.

Hambre de amor, ansia de justicia

El título de esta novela, *En mi hambre mando yo*, formó parte de las señas de identidad de los campesinos andaluces. Fue el socialista Fernando de los Ríos quien popularizó esta frase que escuchó de labios de un campesino al que el cacique había querido comprar el voto: “En mi j'ambre mando yo”, contestó el hombre. El mismo paisaje que vivió Isabel Oyarzábal.

EN MI HAMBRE MANDO YO

Isabel Oyarzábal Smith
Mono Azul. Sevilla, 2005
352 páginas. 17,90 euros

INMACULADA DE LA FUENTE

Isabel Oyarzábal Smith (Málaga, 1878-México, 1974), conocida también como Isabel de Palencia, forma parte de esa minoría de mujeres que brilló en la Segunda República. Hija de andaluz y de escocesa, y educada en

Málaga, se desarrolló desde niña en un ambiente liberal y cosmopolita, pero muy vinculado al paisaje del sur español. El teatro, el periodismo y la diplomacia, tres parcelas poco transitadas por las mujeres de su generación, jalonaron su vida. Casada con el crítico Ceferino Palencia y madre de familia, Oyarzábal desplegó en los años treinta del pasado siglo una activa presencia en el asociacionismo de mujeres. Además de estar al frente de diversas organizaciones cívicas y de

militar en el PSOE, formó parte de la junta directiva del Lyceum Club, junto a María de Maeztu, Victoria Kent y Zenobia Camprubí.

Autora de ensayos de corte feminista, en esta novela, *En mi hambre mando yo*, publicada originalmente en México en 1959, Oyarzábal funde su conocimiento del campo con la dramática lucha de intereses económicos e ideológicos que llevó a los españoles al enfrentamiento. Más allá de su valor literario, en la novela afloran de mo-

do transparente las diversas hambres que agujoneaban a los españoles: el hambre real de los jornaleros y el ansia de justicia de los idealistas. La historia gira en torno a la evolución de Diana, una joven viuda de la clase acomodada andaluza que permanece en Madrid durante la contienda por amor a su antiguo novio, Ramón, republicano de procedencia burguesa y líder de los sindicatos campesinos. De ese modo, el hambre de amor y el ansia de justicia se entrecruzan, bajo el



Isabel Oyarzábal Smith.

telón de fondo de un Madrid que resiste a las bombas, habitado por mujeres que hacen de la retaguardia una trinchera moral.